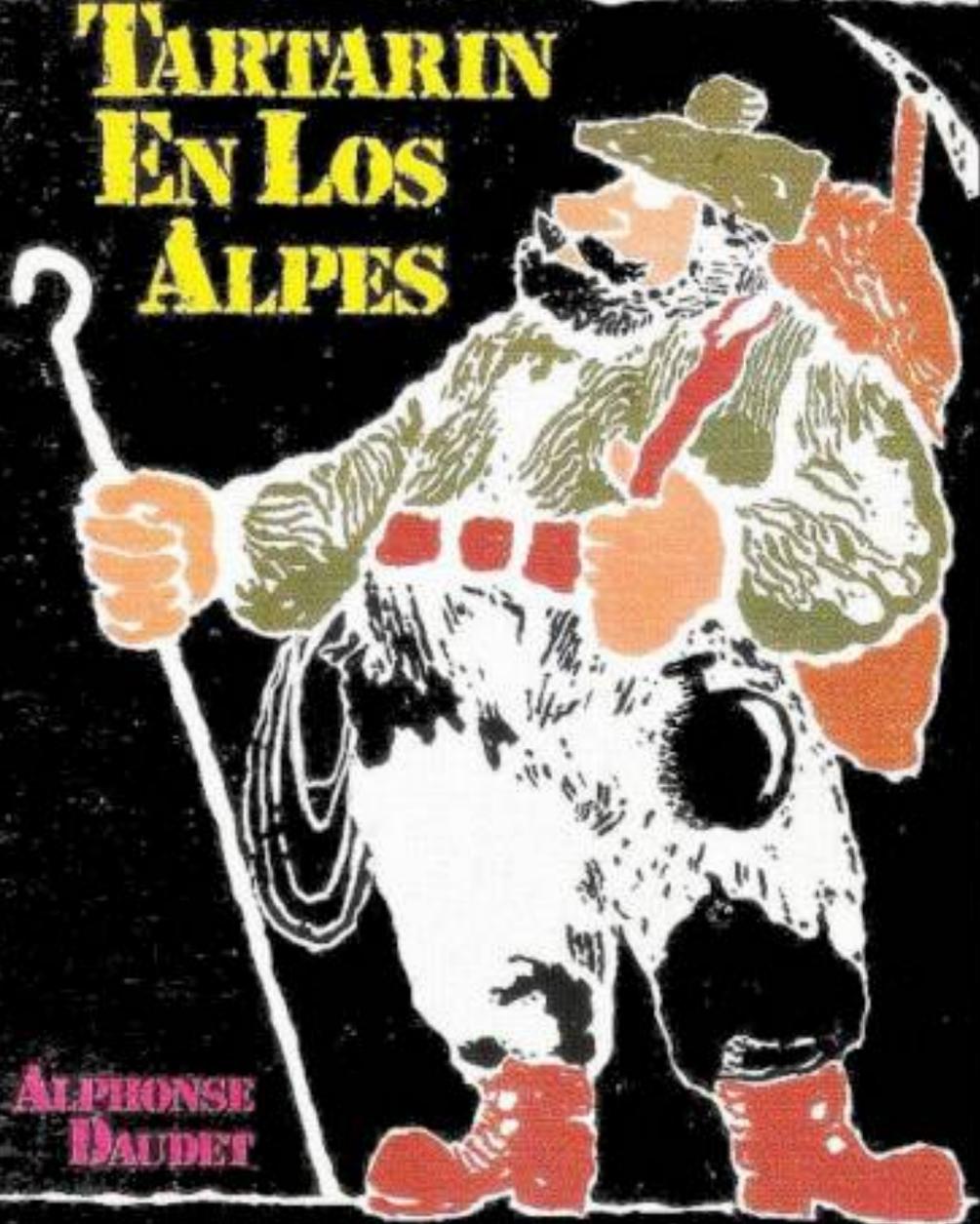


**TUS
LIBROS**



TARTARIN EN LOS ALPES



**ALPHONSE
DAUDET**

Aprovechando el éxito obtenido por *Tartarín de Tarascón*, emprendió Daudet la tarea de hacerlo escalador alpino y casi cómplice de una decimonónica aventura terrorista. Siempre se ha dicho que nunca segundas partes fueron buenas, pero también es verdad que no siempre el tópico se cumple. Si en la primera parte quedó definido de forma inigualable el prototipo, en esta la acción es mucho más viva y variada. «A nuestro juicio —afirma J. M. Valverde—, aunque la figura de Tartarín haya encontrado la inmortalidad vestido de turco y con un par de carabinas para cazar leones, su mejor realización literaria está en la segunda parte».



ALPHONSE DAUDET (1840-1897)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición publicada en París por E. Flammarion en 1885. Las ilustraciones, originales de Gerardo Domínguez Amorín, han sido realizadas expresamente para esta edición.

I

Una aparición en el hotel Rigi-Kulm. — ¿Quién puede ser? — De lo que se habla en torno a una mesa de seiscientos cubiertos. — Arroces y ciruelas. — Se improvisa un baile. — El desconocido firma en el libro del hotel. — P.C.A.

El diez de agosto de 1880, a la maravillosa hora en que se pone el sol en los Alpes, tan calurosamente cantada por las Guías Joanne y Baedeker^[1], una niebla amarillenta y opaca, complicada con una tormenta de nieve en volutas blancas, envolvía la cima del Rigi (*Regina montium*), y a ese hotel gigantesco que constituye una visión extraordinaria en el árido paisaje de las cumbres, ese Rigi-Kulm^[2], todo de vidrio como un observatorio y macizo como una ciudadela, donde se hospeda durante un día y una noche la multitud de turistas adoradores del sol.

Y mientras esperaban la segunda llamada para la cena, los pasajeros del enorme y fastuoso caravanserrallo^[3], aburridos en sus habitaciones, o echados sobre los divanes de los salones de lectura, en la muelle tibieza que proporcionaban las estufas encendidas, contemplaban, a falta de los esplendores que se les había prometido, los remolinos que formaban los pequeños copos blancos y cómo se encendían ante la escalinata los grandes faroles, cuyos dobles vidrios de faro gemían al viento.

Ascender hasta tales alturas, llegar hasta allí desde los cuatro rincones del mundo para contemplar esto... ¡Oh, Baedeker...!

De repente emergió de la niebla algo que avanzaba hacia el hotel con un tintineo de chatarra y movimientos exagerados, producidos por extraños accesorios.

A veinte pasos, a través de la nieve, los turistas ociosos, con la nariz pegada a los cristales, las damas con curiosas cabecitas peinadas como muchachos, tomaron aquella aparición por una vaca extraviada y, después, por un leñador cargado con sus adminículos.

A diez pasos, la aparición volvió a cambiar de aspecto y mostró la ballesta al hombro, el casco con la visera bajada de un arquero de la Edad Media, aún más inverosímil de encontrar en aquellas altitudes que una vaca o un leñador ambulante.

En la escalinata, el ballestero se reveló simplemente como un hombre grueso, rechoncho, recio, que se detenía para tomar aliento, sacudir la nieve de sus polainas de paño, amarillo como su gorra, con su pasamontañas de punto que no dejaba ver más que algunos mechones de barba entrecana y con enormes gafas verdes, abombadas como cristales de un estereoscopio. El piolet, el *alpenstock*^[4], una mochila a la espalda, un manojó de cuerdas que llevaba como si fuera un zurrón, cruzadas sobre el pecho, garfios y ganchos de hierro en el cinturón de una blusa inglesa de grandes presillas, completaban el atuendo de aquel perfecto alpinista.

En las cimas desoladas del Mont Blanc o del Eisteerhorn^[5], habría parecido natural esta vestimenta de escalador, ¡pero en el Rigi-Kulm, a dos pasos del ferrocarril...!

Verdad es que el alpinista procedía del lado opuesto a la estación y que el estado de sus polainas daba fe de que había efectuado una larga marcha por la nieve y el barro.

Contempló por un momento el hotel y sus dependencias, estupefacto al encontrar, a dos mil metros sobre el ni-

vel del mar, un edificio de tal importancia, con galerías encristaladas, columnatas, siete pisos de ventanas y la larga escalinata que subía entre dos filas de macetas, que daban a la cumbre montañosa el aspecto de la plaza de la Ópera parisina durante un crepúsculo invernal.



Pero, por muy sorprendido que pudiera encontrarse el caminante, mucho más sorprendidos estaban los huéspedes del hotel, de manera que cuando nuestro hombre penetró en el inmenso vestíbulo, se produjo una oleada de curiosidad en las puertas de todos los salones: señores armados con tacos de billar, otros con periódicos desplegados, damas con su libro o su labor, mientras que, al fondo, en lo alto de la escalera, se asomaban multitud de cabezas por encima del pasamanos entre las cadenas del ascensor.

El hombre dijo en voz alta, muy fuerte, con un timbre de bajo profundo —una «caverna del Mediodía»—, que retumbó como los redobles de un tambor:

—¡Maldita suerte! ¡Vaya un tiempesito...!

Y a continuación se detuvo, quitándose el gorro y las gafas.

Estaba sin aliento.

El extraordinario brillo de las luces, el calor del gas, de las estufas, que contrastaba con el negro frío de fuera, la suntuosa aparatosidad de la decoración, los altos techos, los porteros engalanados con la inscripción «REGINA MONTIUM», escrita en letras doradas y sobre sus gorras de almirante, las blancas corbatas de los *maîtres* y el batallón de camareras suizas, ataviadas con trajes regionales, que acudió al oír el timbre, todo esto le aturdió durante un segundo, pero solo durante un segundo.

Se sintió contemplado y, ya sobre el terreno, recobró su aplomo, como si se tratase de un comediante ante los palcos atestados de público:

—¿Qué desea el señor...?

Era el gerente quien le hacía esta pregunta, sin despegar los dientes; un gerente muy elegante, con chaqueta de rayas, patillas sedosas y cabeza de modisto de señoras.

El alpinista, sin alterarse, pidió una habitación, «una buena habitacioncita, *al menos*», dijo al majestuoso gerente, en tono familiar, como si se encontrara ante un antiguo compañero de colegio.

Estuvo a punto de enfadarse cuando la sirvienta berneesa, que caminaba con una palmatoria en la mano, completamente envarada, embutida en su peto dorado y sus mangas de tul ahuecado, preguntó si el señor deseaba tomar el ascensor. No se hubiera sentido más indignado si le hubiesen propuesto cometer un crimen.

¡Un ascensor! ¡A él..., a él...! Y sus gritos y su gesto sacudieron toda la chatarrería que llevaba encima.

Aplacado de inmediato, dijo a la suiza con amabilidad: «En el coche de San Fernando, chatita...», y subió detrás de ella, llenando toda la escalera con sus anchas espaldas, haciendo que se apartasen todos a su paso, mientras que por todo el hotel se propagaba, como un clamor, la pregunta de qué podía ser aquello, susurrado en los más diversos idiomas de las cuatro partes del mundo. A continuación, se oyó la llamada para la cena y nadie volvió a ocuparse del extraordinario personaje.

El comedor del Rigi-Kulm era todo un espectáculo.

Seiscientos cubiertos alrededor de una inmensa mesa en forma de herradura, donde se alternaban con ramitas verdes, y formando dos largas filas, fruteros de mermeladas de arroz y de ciruela, que reflejaban en sus salsas clara u oscura las llamas derechas de las lámparas y los dorados del techo artesonado.

Como acontecía en todas las mesas de los hoteles suizos, las compotas de arroz y de ciruela dividían la cena en dos facciones rivales, de forma que podía adivinarse fácilmente a qué partido pertenecían los comensales con solo reparar en las miradas de odio o de gula que dirigían a los compoters del postre antes de sentarse a la mesa. Los partidarios del arroz se revelaban por su intensa palidez, y los partidarios de la ciruela por sus rostros congestionados.

Aquella tarde eran más numerosos los últimos y, sobre todo, contaban con personalidades más importantes, celebridades europeas, tales como el gran historiador Astier-Réhu, de la Academia francesa; el barón de Stoltz, viejo di-

plomático austrohúngaro; lord Chipendale (?), miembro del Jockey Club, con su sobrina (¡ejem!, ¡ejem!); el ilustre doctor-profesor Schwanthaler, de la Universidad de Bonn, un general peruano y sus ocho damiselas.

Los del bando del arroz apenas si podían oponer a ellos, como grandes *vedettes*, a un senador belga con su familia, a la señora Schwanthaler, la mujer del profesor, y a un tenor italiano, que se encontraba allí de vuelta de Rusia y que desplegabá sobre el mantel sus gemelos, grandes como platillos.

La incomodidad y rigidez que se respiraba en la mesa procedía, sin duda alguna, de la coexistencia de esta doble corriente. Díganme, si no, cómo puede explicarse el silencio de aquellas seiscientas personas, envaradas, enfurruñadas, desafiantes, y el soberano desprecio que parecían sentir las unas por las otras. Un observador superficial hubiera podido atribuirlo a la estúpida altivez anglosajona, que da, en la actualidad, tono a todos los ambientes viajeros del mundo.

Pero no es eso. Unos seres de rostro humano no llegan a odiarse de tal forma a primera vista, a demostrarse su desprecio con la boca, la nariz y los ojos, sin que ni siquiera se les haya presentado. Debe de haber otra cosa.

Arroz y ciruelas, no cabe duda. Y he aquí la explicación del taciturno silencio que pesaba sobre la cena del Rigi-Kulm, la cual, dados el número y la variedad internacional de los comensales, debía de haber sido animada, tumultuosa, tal como se imagina uno que serían las comidas al pie de la Torre de Babel.

El alpinista entró en el comedor un tanto turbado por la visión de este refectorio cartujo, tosió ruidosamente sin que nadie reparase en él, y se sentó en su calidad de recién llegado en un extremo del comedor. Ahora, desprovisto de sus accesorios y cachivaches, era un turista más, aunque de aspecto más amable, calvo, barrigudo, con la frondosa bar-

ba puntiaguda, la nariz arrogante, espesas cejas feroces sobre un rostro de buen chico.

¿Arroz o ciruela? Aún no podía saberse.

No bien se hubo instalado, se agitó inquieto y después, dando un salto, abandonó su sitio, mientras exclamaba, asustado y en voz alta: «¡Ostras...! ¡Una corriente de aire...!», y se abalanzó sobre una silla que se encontraba libre, apoyada sobre la mesa, hacia la mitad de la misma.

Una suiza del cantón de Uri, con camisolín bordado de plata y toca blanca, le detuvo:

—Señor, está reservada...

A lo que dijo, sin volverse y con acento extranjero, una chica que estaba sentada a la mesa y de la que no se veía más que la rubia cabellera que destacaba sobre blancuras de nieve virgen:

—Está libre..., mi hermano está enfermo y no bajará.

—¿Enfermo...? —preguntó el alpinista sentándose, con ademán solícito, casi afectuoso...—. ¿Enfermo? Supongo que no será nada grave, *al menos*.

Pronunció «al menos» y repetía esta expresión en todo cuanto hablaba, junto con otros vocablos parásitos: «Eh, qué, vamos, diferentemente, va, tate», que subrayaban aún más su acento meridional, desagradable sin duda para la joven rubia, puesto que no le respondió sino con una mirada glacial, de un azul negro, de un azul abismal.

Tampoco el vecino de la derecha tenía nada de incitante. Se trataba del tenor italiano, vigoroso, con la frente deprimida, de pupilas aceitosas y bigotes de matamoros que rizaba con los dedos, con ademán furioso, desde que le separaran de su linda vecina. Pero el buen alpinista tenía la costumbre de hablar mientras comía, pues lo necesitaba para su salud.

«¡Hombre!... qué gemelos tan bonitos... —se dijo a sí mismo en voz alta, mientras dirigía una mirada de soslayo a los puños del italiano—. Estas notas musicales incrustadas en el jaspe son de un efecto encantador...».

Su cavernosa voz resonaba en el silencio, sin encontrar el menor eco.

—Seguro que el señor es cantante, ¿qué?

—*Non capisco...* —gruñó el italiano, sin mover el bigote.

Nuestro hombre se resignó a devorar su comida sin hablar nada durante un momento, pero los bocados se le atragantaban. Finalmente, viendo que su vecino de enfrente, el diplomático austrohúngaro, trataba de alcanzar el tarro de la mostaza con sus pequeñas manos ateridas, envueltas en mitones, se la pasó servicialmente.

—A su disposición, señor barón... —pues acababa de oírle nombrar de esta forma.

Por desgracia, el pobre señor de Stoltz, a pesar de ese aire ladino e ingenioso que había adquirido en las chismorrerías diplomáticas, había perdido sus palabras y sus ideas hacía ya bastante tiempo, y viajaba precisamente para recuperarlas. Abrió unos ojos vacíos en un rostro inexpresivo y los cerró nuevamente, sin decir nada. Habría que haber juntado más de diez exdiplomáticos tan capaces como él intelectualmente para que encontraran en común la fórmula de un agradecimiento.

Ante este nuevo fracaso, el alpinista esbozó una terrible mueca, y hubiera podido creerse, al ver el gesto tan brusco con que se apoderó de la botella, que tenía la intención de estrellarla contra la cascada testa del viejo diplomático. Pero no. La asía para ofrecer de beber a su vecina, que no le oía, inmersa como estaba en una conversación en voz baja, de un gorjeo extranjero dulce y vivo, con dos jóvenes sentados cerca de ella.

La joven se inclinaba, se animaba. La luz hacía brillar sus rizos sobre el fondo de una oreja menuda, transparente y completamente rosa... ¿Polaca, rusa, noruega...? No podía saberse, pero desde luego era del Norte, y con ello le vino a los labios una bonita cancioncilla de su tierra, que el meridional se puso a canturrear tranquilamente:

*O countesso gènto,
estelo dou Nord,
qué la neu argento,
qu'amour friso en Orléans*

Toda la mesa se volvió hacia él: hubiera podido creerse que se había vuelto loco. Enrojeció, se mantuvo en silencio, se recluyó literalmente en su plato y no salió de él más que para rechazar violentamente una de las compoteras sagradas que le ofrecían.

—¡Vamos, hombre...! ¡Ciruelas! ¡Jamás en la vida!
Era demasiado.

Se produjo un gran estrépito de sillas. El académico, lord Chipendale (?), el profesor de Bonn y algunas otras personas notables del partido se pusieron de pie y abandonaron el comedor en señal de protesta.

En seguida les siguieron los arroces, al verle rechazar la segunda compotera tan vivamente como la otra.

¡Ni arroz ni ciruela!... ¿Pues qué es entonces?...

Todos se retiraron. Se produjo un desfile glacial de narices lacias, de comisuras de labios encogidas y desdeñosas ante el desgraciado, que quedó solo en el inmenso y reluciente comedor y se puso a mojar una sopita como se hacía en su tierra, encorvado ante el desdén universal.

Amigos míos, no despreciemos a nadie. El desprecio es el recurso de los advenedizos, de los vanidosos y de los petardos: la máscara en que se refugia la nulidad y, a veces, la pillería, y que hace dispensa de la elegancia, del juicio, de la bondad. Todos los jorobados son despreciativos, todos los narices torcidas arrugan la frente y manifiestan desdén cuando se encuentran con alguien que tenga la nariz en su sitio.

El buen alpinista sabía todo esto. Hacía ya algunos años que había cumplido los cuarenta y se encontraba en ese rellano de la cuarta década en que el hombre encuentra y re-

coge la llave mágica que abre el misterio de la vida y deja al descubierto su monótono y decepcionante desfile.

Como además conocía su propio valor, la importancia de su misión y del gran hombre que portaba, la opinión de aquella gente le traía al paio.

Por otra parte, no hubiera tenido más que decir quién era, gritar: «Soy yo...» para hacer que todos aquellos morros altaneros se volvieran respetuosos.

Pero disfrutaba con el incógnito.

Lo que le oprimía en el Rigi-Kulm, lo que le hacía sufrir, era solamente el hecho de no poder hablar, hacer ruido, sentirse a sus anchas, expansionarse, estrechar manos, apoyarse con familiaridad en un hombro, llamar a las personas por sus nombres.

¡Pero sobre todo no hablar!

«Me hubiera gustado muchísimo hacerlo, desde luego...», se decía el pobre diablo, mientras caminaba por el hotel, sin saber a ciencia cierta en qué emplear el tiempo.

Entró en el café, grande y desierto como un templo en un día de entre semana, llamó al camarero diciéndole «amigo mío», pidió un «café, sin azúcar, ¿eh?». Y, comoquiera que el camarero no le preguntase que «¿por qué sin azúcar?», añadió alegremente:

—Es una costumbre que adquirí en Argelia^[7], durante mis grandes cacerías.

Se disponía a relatarlas, pero ya el otro había huido, deslizándose sobre sus escarpines de fantasma para atender a lord Chipendale, el cual, tirado cuan largo era en un diván, pedía con voz lúgubre: «¡Chimpaña...!, ¡chimpaña!». El tapón de corcho emitió su ruido hortera de boda mercenaria y después ya no se oyó nada más que las ráfagas del viento ululando en la monumental chimenea y el roce tembloroso de la nieve sobre los cristales.

El salón de lectura era también bastante siniestro, con centenares de cabezas inclinadas, periódicos en ristre, en torno a las grandes mesas verdes, bajo las lámparas. De